

METÁFORAS DE LA CONTAMINACIÓN: NARRATIVAS SOBRE LA TOXICIDAD EN LAS PROXIMIDADES DEL VERTEDERO DE ZALDIBAR

JULIA RON SOTO

Doctoranda en Antropología y Comunicación. Universitat Rovira i Virgili
julia.ron@urv.cat · <https://orcid.org/0009-0003-5596-2223>

RESUMEN: Este estudio explora las narrativas y metáforas utilizadas por la comunidad de Eitzaga para interpretar la toxicidad en su entorno tras el colapso del vertedero de Zaldibar. Desde la perspectiva de la antropología médica, examina cómo la toxicidad es experimentada y representada a través de tres dimensiones interconectadas propias de las estructuras del mundo rural vasco: territorio, caserío y cuerpo. Mediante la técnica del mapeo etnográfico, la investigación destaca cómo los residentes entienden la contaminación como un proceso lento e imperceptible que se infiltra gradualmente en su realidad, remodelando sus concepciones acerca de la salud y el riesgo. El estudio revela la divergencia entre el conocimiento local y las narrativas institucionales, exponiendo la negligencia estructural y la injusticia ambiental. Además, resalta cómo los peligros ambientales están profundamente entrelazados con sistemas culturales,

políticos y económicos, haciendo hincapié en las formas en que las comunidades comprenden estos desafíos complejos y conviven en ellos.

PALABRAS CLAVE: Toxicidad; vertedero; territorio; caserío; cuerpos.

METAPHORS OF POLLUTION: NARRATIVES OF TOXICITY IN THE SURROUNDINGS OF THE ZALDIBAR LANDFILL

ABSTRACT: This study explores the narratives and metaphors used by the community of Eitzaga to interpret toxicity in their environment, following the collapse of the Zaldibar landfill. From a medical anthropology perspective, it examines how toxicity is experienced and represented across three interconnected dimensions: territory, farmhouse and body. Through ethnographic mapping, the research underscores how residents view pollution as a slow, pervasive process that gradually infiltrates their surroundings, reshaping their understandings of health and risk. The study reveals the divergence between local knowledge and institutional narratives, exposing structural neglect and environmental injustice. Furthermore, it highlights how environmental hazards are deeply intertwined with cultural, political, and economic systems, emphasising the ways in which communities understand and navigate these complex challenges.

KEYWORDS: Toxicity; landfill; territory; farmhouse; bodies.

Recibido el 25/02/2025

Aceptado el 25/05/2025

1. Introducción

Pocas personas eran conocedoras de la existencia del actualmente denominado vertedero de Zaldibar (Bizkaia) antes del «desastre»: el 6 de febrero de 2020, 800.000 metros cúbicos de tierra y 50.000 toneladas de basura se desprendieron ladera abajo, dejando sepultados a dos trabajadores entre escombros y obligando a más de 40.000 personas a confinarse para protegerse de las dioxinas emitidas. Todo esto inició la mayor crisis ambiental y política de la Comunidad Autónoma Vasca en lo que llevamos de siglo (Zelaieta, 2020). A pesar de la brevedad del escándalo debido a la pandemia del COVID-19, la catástrofe abrió una —pequeña— brecha en el imaginario de la sociedad vasca. El hecho de que la catástrofe ocurriera dentro de las propias fronteras, en «casa», obligó a los habitantes a replantearse la existencia de los vertederos y el impacto que tienen en la salud. Por un momento, hizo reflexionar a la sociedad acerca de la toxicidad y evidenció las deficiencias del sistema de gestión de residuos. La implicación de las altas clases económicas y políticas se puso en el centro del debate, haciendo que algunos representantes pasaran por los juzgados. Esto nunca hubiera pasado si el desastre no hubiera ocurrido ante nuestros ojos, provocando el fallecimiento de dos trabajadores y colapsando la autopista con toneladas de residuos.

Sin embargo, los vecinos de Eitzaga tenían contacto con el vertedero desde décadas atrás. Conocían al dueño del vertedero de toda la vida, era hijo del barrio, tal como ellos mismos. Veían como camiones llenos de residuos subían barrio arriba, para después volver vacíos. Los empresarios tocaban sus puertas para comprarles los terrenos sin dar demasiados detalles. Oyeron el estruendo del derrumbe desde la plaza. La basura llegó casi hasta la puerta de algunas casas. Olieron la peste desde sus cocinas, cerraron ventanas. Les picaba el cuerpo. La tierra que les daba de comer se fue convirtiendo en un terreno tóxico. En todo este proceso no fueron informados de lo que ocurría a escasos metros de sus casas, y menos del impacto que tenía en su salud. El vertedero abrió una herida social que todavía no ha cicatrizado, y que impacta directamente en las relaciones sociales del barrio y en cómo la salud y la enfermedad son concebidas. A convivir con un vertedero, con una incógnita, también

se aprende socioculturalmente, y en esta experiencia encontramos diferentes estrategias y discursos.

Entendiendo que el entorno ambiental donde vivimos y los actores sociales que participan en él tienen un papel decisivo en nuestra salud, este artículo pretende acercarse a las narrativas de las experiencias de los vecinos de Eitzaga, para ver el efecto que una institución como Verter Recycling ha tenido en su forma de entender la salud en relación con las dinámicas sociopolíticas internas y externas al barrio. Se trata de ver cómo la manera en la que esta pequeña comunidad entiende y gestiona su salud respecto a los tóxicos está atravesada por factores situados fuera del ámbito biomédico y conectan directamente con las relaciones políticas, económicas y territoriales.

Es así como me he propuesto investigar la exposición humana a la toxicidad del vertedero de Zaldibar empleando las significaciones, los discursos y las prácticas de los vecinos de Eitzaga como principal campo de estudio. La opaca gestión de residuos industriales y la colaboración de las autoridades impactan directamente sobre los cuerpos y la salud de aquellas personas que residen alrededor de Verter Recycling, y, ante esta situación, las formas de entender y habitar lo tóxico en la cotidianidad proceden de factores socioculturales diversos. En el caso de una comunidad rural como Eitzaga, resulta imposible separar los significados, los discursos y las prácticas que se construyen sobre el cuerpo tóxico de la idea del territorio y el caserío como espacios de socialización y representación. Se tratará, pues, de establecer una articulación entre estos tres ejes (cuerpo-caserío-territorio) para entender lo que se identifica como límite o frontera entre lo sano y lo enfermo, lo interno y lo externo, lo propio y lo de fuera, lo conocido y lo desconocido en términos de salud y toxicidad, y todos los espacios liminales que se generan a partir de lo que se entiende por contaminación.

2. Marco conceptual

Para entender las dinámicas económico-políticas que se dan a nivel mundial en situaciones de catástrofe localizadas, cabe preguntarse por los

determinantes sociales del riesgo tóxico, por cómo este es comprendido, expresado y organizado en el contexto actual globalizado. Ya desde finales del siglo *xx*, grandes teóricos reflexionaron acerca del riesgo como fenómeno y construcción sociocultural, definiéndolo como una categoría en constante transformación que depende de las relaciones de poder, los modos de vida y los procesos de saber y adaptación (Douglas y Wildavsky, 1982). La percepción del riesgo está socialmente determinada, ya que las personas usan los peligros ambientales para respaldar la estructura de la que forman parte, justificando o reprochando la aceptación de ciertos riesgos según su vinculación con dicho sistema (Douglas, 1987).

En la sociedad moderna de riesgo (Beck, 1992), el límite entre cultura y naturaleza se diluye, dando paso al artificio social industrialmente construido, donde la actividad humana degrada la naturaleza hasta el punto de que la humanidad también muestra su propia «erosión» (el desastre, por ejemplo). Así, en el régimen ecológico vasco (Bergara, 2023), que respondería a la idea de progreso sobre la que se ha construido la sociedad vasca en las últimas décadas, sería el derrumbe del vertedero de Zaldibar lo que mejor simboliza la explosión de la modernidad y la falta de sostenibilidad de nuestro modelo de sociedad. La sociedad de riesgo es una sociedad expuesta al peligro inminente donde todo se torna ininteligible, más aún si las informaciones científicas en las que confía la gente se niegan y ocultan. Bedoya y Martínez (2000) subrayan la existencia de la «desigualdad entre quienes controlan y ocultan información científica y legal de los peligros inherentes a la sociedad de riesgo y aquellos que son discriminados en el flujo de la información» (Bedoya y Martínez, 2000 [Beck, 1992: 149]).

Asimismo, estudios antropológicos defienden que la basura se convierte en un objeto de acción que genera maneras de pensar y hacer concretas (Lima, 2023), y los residuos y su gestión producen nuevas relaciones sociales, modelos culturales y demandas políticas; se construyen como procesos activos que reconfiguran nuestros ideales y formas de actuar (Reno, 2009). Como en otras infraestructuras diseñadas por los gobiernos liberales, la clave del éxito en la gestión de residuos es su poder de eficacia en la invisibilidad (Reno, 2015). Así pues, parece evidente confirmar que,

en el negocio de gestión de residuos, la basura es lo que resulta ser más limpio. Aquí, hasta nuestros residuos más íntimos adquieren un interés público y un impacto social colectivo. Por ello, para dar cuenta de los significados de la basura en relación con los procesos de salud y enfermedad, debemos estudiarla en un «sistema (totalizado, interactivo, procesual) de efectos patológicos» (Rego et al., 2002: 1590) que ataca especialmente a las comunidades más vulnerables.

Un número creciente de antropólogos se ha interesado por las realidades marcadas por la contaminación, las sociedades industriales y las comunidades rodeadas de sus «tripas infraestructurales» (Davies, 2018: 1543). Davies et al. (2017) parte de la imbricación de las teorías de la violencia lenta (Nixon, 2011) y las necropolíticas (Mbembe, 2003): la primera haría referencia a la violencia que se da de forma no espectacular, casi inadvertida; una destrucción pausada no considerada violencia, pues se aleja de la forma habitual que tenemos de entenderla, basada en la inmediatez y la explosividad. Las necropolíticas, en cambio, explicarían aquellas políticas —o su ausencia— diseñadas para causar un daño constante a poblaciones periféricas. Según Davies et al. (2017), ambos fenómenos definen la situación de destrucción ambiental y dejadez institucional, basada en la lentitud y en la acción invisible, que generan casualidades de acumulación de daños ambientales en ciertos territorios. También pone el foco en la «observación lenta» de transformaciones en el entorno como forma de identificación de la toxicidad. Además, al igual que Neumann (2016) y Tironi (2018), recalca que estos territorios son caracterizados por situaciones apolíticas de «activismo resignado» (Lora-Wainwright, 2017), donde el peligro tóxico es a menudo incontestado. Esto no implica que las comunidades sean indiferentes a su situación, sino que desarrollan una resistencia cotidiana menos espectacular (Davies, 2018).

Sin embargo, en otros contextos en los que la exposición tóxica genera una cambiante sensación de normalidad, la precariedad puede ser experimentada por medio del desapercibimiento (Lou, 2022). En este tipo de realidad, la gente justifica el hecho de vivir en ciertos entornos y adversidades, y el desapercibimiento implica una deliberada forma de ignorancia, una comprensión selectiva de lo que ocurre a su alrededor. En esta

concepción, «la ignorancia no es ni la ausencia ni lo contrario del conocimiento. Es un esfuerzo producido y sostenido por personas en posiciones de poder y por aquellos sujetos a él, como una forma de afrontar la situación, engañar a otros, evitar conflictos, preservar relaciones pacíficas y mantener el *statu quo*» (Lou, 2022: 583). O sea, se da una negociación entre los actores implicados, que representan diferentes intereses y generan narrativas sobre el riesgo (Muñoz et al., 2014).

El sentimiento de vivir en un entorno que ha sido maltratado, y que, con ello, las personas hayan sido abandonadas, se traduce, además de en territorios, en cuerpos como zonas de sacrificio (Liboiron et al., 2018). Estos cuerpos se convierten en espacios en que el daño tóxico se encarna y experimenta, y mediante los cuales las personas afectadas van siendo conscientes de lo que ocurre a su alrededor. Es así como nos encontramos con varios autores que trabajan la idea del cuerpo tóxico desde la antropología en estrecha relación con la contaminación ambiental, acuñando conceptos como el de las «ecologías encarnadas» (Ford, 2019) para hablar de las vivencias tóxicas.

Los encuentros entre los cuerpos y los tóxicos se perciben mediante prácticas sensoriales menos identificables y más difusas, sostenidas en alteraciones corporales apenas perceptibles y a menudo negadas (Shapiro, 2015). Pero secuencias de lo que al principio resulta sin sentido o desconcertante se van articulando, hasta identificar cambios nocivos vinculados a la toxicidad. Los cuerpos serían sensores que indican la presencia de tóxicos, que actúan como herramientas de aprehensión a la vez que como lugar de daños. Son espacios donde identificar cambios que ofrecen conocimiento situado y materializado sobre las problemáticas que lo rodean y afectan directamente en él. Si los cuerpos están continuamente ocupados juzgando sus entornos y respondiendo a los ambientes donde se encuentran (Berlant, 2011), la cohabitación cotidiana con tóxicos supone aprender a reparar de forma encarnada las consecuencias de la economía de mercado y las infraestructuras industriales.

Según Mascaró (2013), la principal estructura para entender la toxicidad corporal se basa en la creencia en el origen externo expresada por la metáfora del veneno, donde los tóxicos son concebidos como agentes

externos —no siempre visibles— que entran en el cuerpo y lo van destruyendo. Siguiendo este modelo, Larrea-Killinger et al. (2017) analizan «la exposición humana a los compuestos químicos, y los discursos y las prácticas sobre las fronteras corporales ante la contaminación interna». Examinan diferentes narrativas socioculturales sobre el cuerpo como recipiente en el que se almacena la toxicidad, alegando que en la modernidad actual resulta imposible pensar en un cuerpo carente de tóxicos. Por ello, la idea del «cuerpo tóxico» se relaciona con la porosidad, la vulnerabilidad y la debilidad provocada por la incertidumbre a la que nos somete el control sistemático del mercado. El riesgo se traslada a lo cotidiano, donde actividades tan habituales como respirar se convierten en un riesgo permanente, sin tener ningún control sobre los componentes del mundo exterior que penetran y se acumulan dentro del cuerpo (Larrea-Killinger et al., 2017).

El cuerpo ocupa un lugar cada vez más significativo en la construcción social de la contaminación ambiental y alimentaria en los discursos contemporáneos sobre el riesgo. El hecho de que se perciba una mayor preocupación por los efectos acumulativos [...] lleva a que los riesgos ambientales se desplacen del mundo exterior al mundo interno. La imagen de un cuerpo en el que se acumulan los residuos químicos formando capas, e incluso que estas puedan llegar a transmitirse de madres a hijos, constituye una metáfora de la modernidad. Nos estamos convirtiendo en un depósito de tóxicos, en un cubo de basura, en el que van a parar los desechos de lo que producimos y consumimos (Larrea-Killinger et al., 2017: 233).

Finalmente, es necesario ofrecer algunas ideas aclaradoras sobre el concepto de *baserri*¹ como centro de toda una forma de vivir, trabajar y relacionarse con el entorno en las sociedades rurales vascas. Según Caro Baroja (1984 [1971]), en la sociedad vasca, la familia, con la casa como fundamento, se construía como núcleo primario de las instituciones económicas, políticas y espirituales. Douglass (1977) da cuenta, entonces, del término *etxeakoak*, «los de casa»: el colectivo de personas que residen en la casa (o tienen derecho a hacerlo) como unidad socioeconómica fundamental de la organización sociocultural rural. El *baserri*, de esta forma, va más allá del significado de

¹ Caserío. Etimológicamente, bosque + pueblo (*baso* + *herri*).

«casa» en castellano. La idea del caserío recoge en sí el edificio con todas sus partes integrantes (personas, animales, herramientas, tierras...), constituyéndose como primer marco social por el que los *etxeakoak* acceden a su personalidad social y jurídica. El *baserri* define la identidad de sus pobladores, siendo socialmente representados por el nombre de su casa, que proviene habitualmente de elementos de la toponimia. Es decir, pertenecer al *baserri* significa ser parte de la comunidad y el territorio (Montesinos, 2013).

Cuando hablamos de la sociedad rural vasca, su «declive» se relaciona con la crisis del *baserri* como institución con la llegada de la industria. Diferentes antropólogos (Douglass, 1988; Greenwood, 1996) alegan que la adaptación a la economía de mercado transformó de raíz la organización y las relaciones sociales en las comunidades rurales vascas. Eitzaga, lugar de construcción de numerosas infraestructuras industriales que han determinado el porvenir del barrio, sería un buen ejemplo de esta transformación. Espejo de la época posindustrial y continuación de la secuencia de construcciones, la última gran infraestructura creada en Eitzaga fue Verter Recycling, vertedero construido a escasos quinientos metros de algunos de los caseríos de la vecindad. Si bien resulta indispensable relacionar los cambios locales con las transformaciones macroeconómicas globales, es interesante observar las adaptaciones y resistencias, normas y excepciones que se dan en cada realidad específica (Montesinos, 2018). Es así como me acerco a Eitzaga, para investigar la especificidad de las metáforas y explicaciones que se construyen sobre la toxicidad en un sistema social tan concreto como complejo.

3. Cuestiones metodológicas

Los resultados obtenidos son fruto de la combinación de diferentes técnicas de investigación. La observación participante ha sido la base del estudio: por un lado, he acudido a Eitzaga con asiduidad para ser partícipe de las dinámicas cotidianas del barrio. Por otro, he realizado observaciones en eventos extraordinarios de especial interés. Aquí he podido interactuar con diferentes personas y ser testigo de formas de reivindicación, expresión y canalización del dolor de la comunidad.

Se han realizado siete entrevistas semiestructuradas en profundidad. En un inicio, pude reunirme con tres expertos de diferentes áreas que atañen a

los vertederos; luego pude entrevistar a cuatro personas de distintos perfiles pertenecientes a la comunidad de Eitzaga. Algunas de estas entrevistas se han dado de forma itinerante: en lugar de desarrollar la entrevista en un lugar estático, conversamos a la vez que paseábamos. En el espacio se instauran las memorias (tanto de aquello que hemos vivido como de lo que nos han contado), las resistencias y los conflictos. Mientras el entrevistado respondía las preguntas, buscamos la interrelación con el paisaje y establecimos una dinámica para encontrar referencias en el mismo. Al ser lugares cercanos al vertedero, pasear resultó clave para participar y hablar directamente con ellos y sobre lo que pisábamos.

La última técnica empleada son los mapeos etnográficos. Esta técnica permite comprender de forma ilustrada las interacciones humanas en el medio, reflejando componentes sociales como la organización social, los procesos sociohistóricos o las relaciones con el medio ambiente. Esta técnica se ha empleado con los cuatro vecinos de Eitzaga a los que también se ha entrevistado, para poder relatar la toxicidad de manera diferente a la palabra. Los mapeos se han realizado individualmente para después poder comparar las representaciones visualmente. Atendiendo a los objetivos, se han desarrollado tres tipos de mapeos: territoriales, corporales y de los caseríos.²

4. Metáforas sobre la toxicidad: territorio, casa, cuerpo

4.1 Territorio y toxicidad

Antes de nada, cabe situar Eitzaga en el territorio. Límites provinciales, comarcales y municipales se entrecruzan en este pequeño valle, haciendo que el barrio se erija como «tierra de nadie»: un territorio y unos vecinos que quedan lejos y cerca de todo, de los que ningún municipio quiere responsabilizarse, pero donde todos tienen algún interés económico. Eitzaga ha sido el lugar de construcción de numerosas infraestructuras industriales que han determinado el porvenir del barrio. Comenzando por la

² Después de varias reflexiones acerca del carácter ético de esta investigación, finalmente decidí anonimizar los nombres de las personas y los caseríos con tal de proteger la identidad de los entrevistados. Lo mismo con los nombres de los caseríos, que se identifican directamente con las personas que allí residen. Aun así, lo cierto es que Eitzaga es un barrio pequeño donde todos los vecinos se conocen y pueden ser fácilmente reconocidos. Por otro lado, decidí mantener el nombre real del barrio como elemento clave para entender lo que pretende proponer esta investigación.

autopista AP-8 a inicios de los años setenta, que dividió el barrio en dos, y pasando por la construcción de las líneas de tensión, la presa de Aixola, la variante ferroviaria y la variante de la autopista de la última década, la estructura, el paisaje y las dinámicas sociales de Eitzaga han sido determinadas por estas instalaciones. Espejo de la época posindustrial y siguiendo esta secuencia de construcciones, una de las últimas grandes infraestructuras edificadas en Eitzaga es Verter Recycling, construido a escasos quinientos metros de algunos de los caseríos de la vecindad.

Es así como podríamos calificar el barrio como zona de sacrificio: áreas que son gravemente afectadas por la contaminación y la degradación ambiental, generalmente debido a actividades industriales o extractivas. Estas zonas, que suelen estar habitadas por comunidades vulnerables, se enfrentan con altos niveles de contaminación del aire, agua y suelo, lo que provoca serios problemas socioeconómicos y de salud para sus residentes (Davies, 2018). Dejando a la comunidad fuera de las esferas de toma de decisión, es el ayuntamiento de Zaldibar, municipio al que pertenece Eitzaga, el que ha tomado las decisiones legales en toda la historia activa de Verter Recycling. La palabra y experiencia de la mayoría de los *eitzatarrak*³ han sido subestimadas, llegándose a sentir como el «retrete de Zaldibar»: el lugar donde llega a parar todo aquello que económicamente interesa a la *kale*⁴ pero que no conviene colocar en el pueblo, no vaya a ser que se vea, se sienta. Así, Eitzaga es, propiamente, el vertedero de Zaldibar.

Es importante abordar este apartado entendiendo el territorio como testigo de la catástrofe (Navaro et al., 2021), como espacio donde se intuyen las evidencias del desastre y la mala praxis. Sobre la base de estas evidencias legibles en el territorio, los *eitzatarrak* han ido aprehendiendo su existencia en convivencia con el vertedero, desde su construcción y hasta después del derrumbe. En las transformaciones del territorio, diferenciamos en Eitzaga dos tipos de procesos: la aprehensión lenta (que responde a los cursos de violencia lenta) y la aprehensión rápida (que, por ende, responde a los cursos de violencia rápida). Esta última se caracteriza por imágenes impactantes y agresivas típicamente asociadas a lo que concebimos como catástrofe. En

³ Gentilicio de Eitzaga.

⁴ Calle. Término en dicotomía y contraposición al *baserri*. Espacio fuera de la esfera rural: pueblo, ciudad... aquello que es parte de un estilo de vida urbano, opuesto a la organización social del *baserri*.

este contexto, esto viene perfectamente ejemplificado por el desastre, con el derrumbe del vertedero, la autopista colapsada, los incendios y las dos muertes. Las transformaciones son totalmente sensibles, impresionantes, conmocionantes, difíciles de ignorar. Pero lo que viene rápido se va igual, caracterizando esta aprehensión por su condición efímera.

Por otro lado, la vivencia de los *eitzatarrak* viene también determinada por la aprehensión lenta, propia de la cotidianidad de convivir con el vertedero durante largos años y de la que apenas nadie habla. Los vecinos dan cuenta de transformaciones menos espectaculares que, poco a poco, fueron advirtiendo en el territorio, desde el crecimiento paulatino del vertedero hasta el olor y el color blanquecino que traía el agua algunos días, el avistamiento de humo o la ausencia de pájaros y abejas en la zona. Teniendo todo esto en cuenta, Simon explica que la toxicidad es como una «humedad» que va cayendo poco a poco sobre el barrio, de manera latente pero casi invisible, convirtiéndose en parte del ambiente y sin que haya forma de verse atrapado en ella. Observamos cómo esta metáfora da imagen a la violencia lenta de manera inequívoca.

Son detalles pequeños, no te das cuenta de que hace mucho que no vienen las golondrinas y las abejas. Piensas que es por los cambios del tiempo, no te fijas en esas cosas. Es algo que va cayendo gota a gota, bueno, no, es como una humedad que cae (Simon, 2024/01/05).

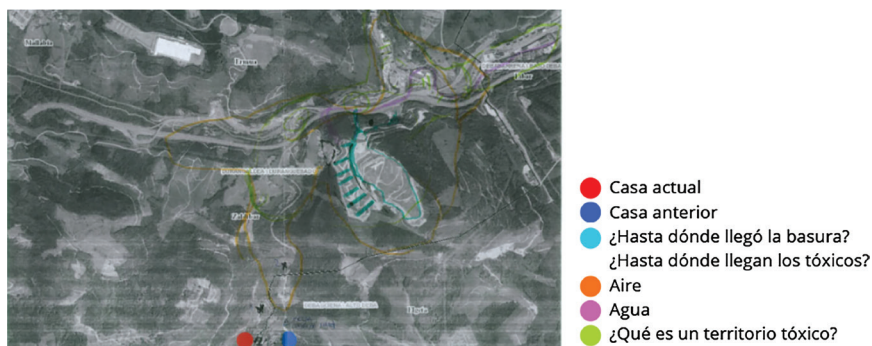
Esta dificultad por advertir la peligrosidad en el entorno es lo que más asusta a los vecinos, subrayando el estrés derivado de la falta de control. Otros destacan que ya están acostumbrados a ese tipo de paisaje, haciendo que no se fijen tanto en lo que ocurre a su alrededor, que se vayan habituando a los cambios hasta que resultan inapreciables. Pero estas transformaciones se sufren: el recuerdo nostálgico del pasado preindustrial se construye a partir de la oposición de lo que el barrio representa ahora.

4.1.1 Análisis y comparación de los mapeos territoriales

En este primer mapeo territorial (Figura 1), vemos que Simon identifica que la propagación de los tóxicos se da a través de las aguas (hasta el mar) y a través del aire (marcado en naranja). Justifica sus explicaciones con

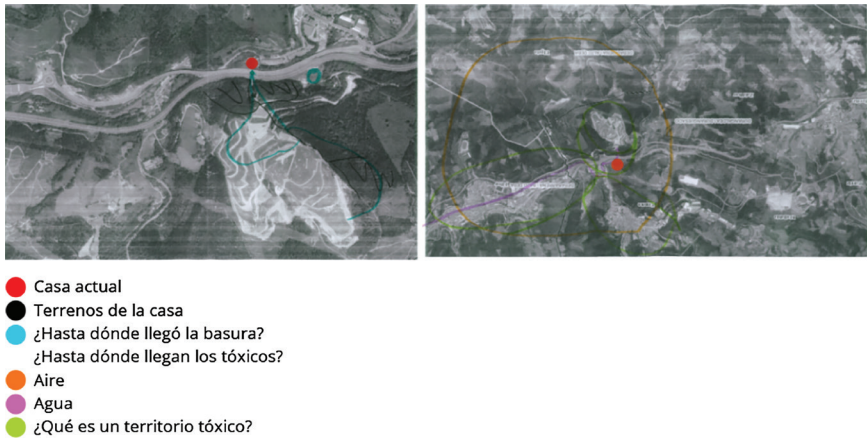
argumentos que tienen que ver con un conocimiento sobre la geografía y los fenómenos naturales del lugar: la dirección del viento, la forma del valle, los cauces del río, las aguas subterráneas... Todo esto determinaría la expansión de las sustancias tóxicas del vertedero. Según estas indicaciones, los tóxicos no llegarían a su caserío, pues se encuentra en lo más profundo del valle, donde el viento no alcanza.

Figura 1. Mapeo territorial realizado por Simon



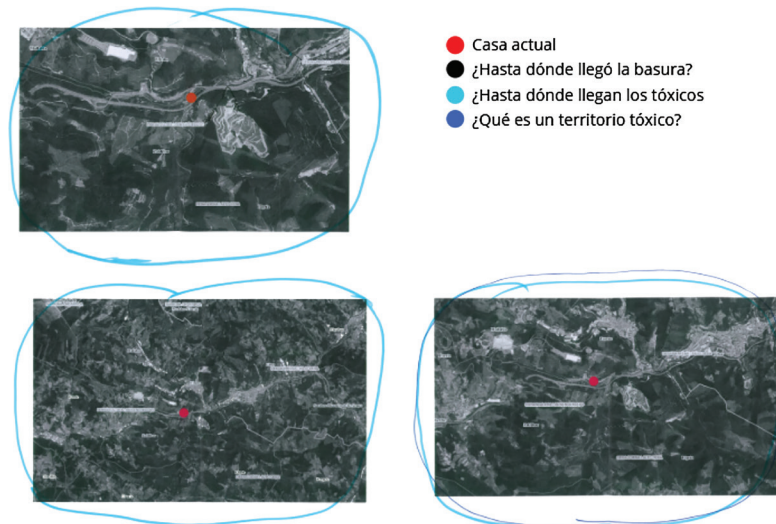
En este caso (Figura 2), la residencia y los terrenos propios se dibujan como territorios tóxicos, a los que la toxicidad llegaría tanto por el aire como por el agua y la presencia física de residuos. Julen y Antxon ofrecen interesantes nociones sobre la toxicidad: se entiende el territorio como espacio que almacena materiales y donde estos se desintegran. El territorio guardaría sustancias tóxicas dentro de sí, se acumularían y se asentarían allí, creando una especie de fuerza de calor contenido cuyo resultado serían las grietas que provocaron el derrumbe o los incendios posteriores. Estos tóxicos afectarían, entonces, el bienestar del territorio como sustancias que entran desde fuera y son expulsadas nuevamente. Otra forma de expulsar los tóxicos sería el «proceso de fermentación», por el que los tóxicos que no pueden ser absorbidos y desintegrados por la propia tierra saldrían de nuevo al aire o a través del agua. También existen tóxicos que pueden desactivarse con los años, a medida que se descomponen y se secan dentro del territorio-contenedor. La idea de tierra seca representa la desactivación: el efecto no se elimina por completo, pero puede disminuir gradualmente.

Figura 2. Mapeo territorial realizado por Julen y Antxon



El ejercicio de mapeo realizado por Oier (Figura 3) resulta el más tajante y quizás, a la vez, el más sencillo. Según Oier, el territorio tóxico y las zonas a las que llega la toxicidad, que arrambla con todo y no sabe de límites u otro tipo de justificaciones, son lo mismo. Los tóxicos llegan hasta donde él vive y también mucho más lejos.

Figura 3. Mapeo territorial realizado por Oier



Los vecinos perciben el riesgo de manera diferente con relación al lugar en el que viven, y en ocasiones resulta complicado reconocer que el territorio propio donde se reside es peligroso. Para ello, cada cual construye diferentes explicaciones y discursos que pueden servir para autoprotegerse. Uno de estos procedimientos puede ser el de «pero los otros también»: al situar la vulnerabilidad propia dentro de un colectivo, se comprende como una situación generalizada más fácil de reconocer y admitir (ver figuras 4 y 5).

Figura 4. ¿Hasta dónde llegan los tóxicos?

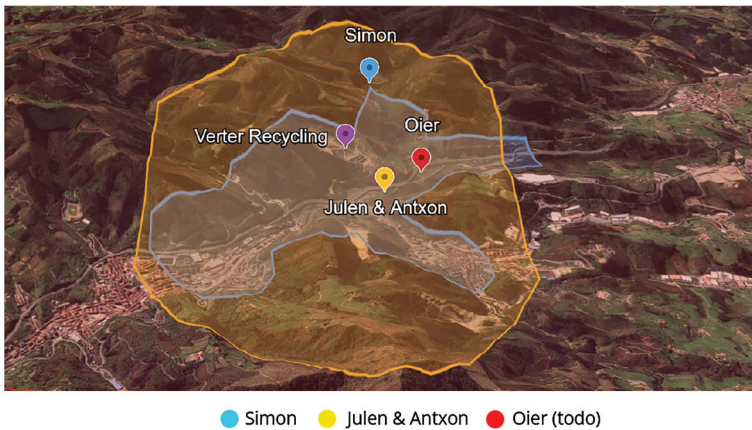
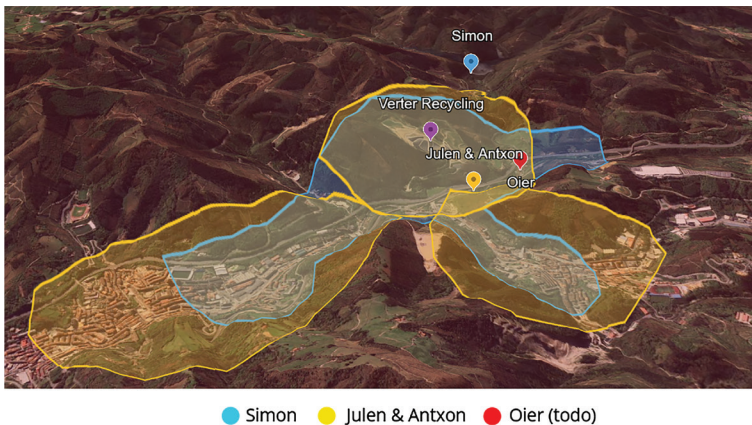


Figura 5. ¿Qué es un territorio tóxico?



Distintas metáforas⁵ para describir cómo entran y se esparcen los tóxicos por el territorio también han servido para construir una narrativa sobre la contaminación en Eitzaga. Los tóxicos como elementos externos que entran a la tierra y la tierra como envase que los almacena aparecen, por ejemplo, en repetidas ocasiones. En la comparación de los mapeos (figuras 4 y 5) también nos encontramos con una dicotomía entre lo húmedo y lo seco para representar la activación y la peligrosidad de los tóxicos. Vemos otra vez cómo, mientras que la metáfora de lo húmedo se relaciona con la permeabilidad desapercibida y silenciosa de los tóxicos en el territorio (no por ello menos dañina, en perjuicio de la salud del barrio), la tierra seca se liga a la inactividad y a la ineficacia tóxica, a la desaparición paulatina del peligro.

Al final llegará un momento, de aquí a no sé cuántos años, que todo esto estará seco, y no habrá tanta contaminación. Esto es como las cosas que se pudren. Se va pudriendo y pudriendo... al final ya está seco y no expulsa tantos gases (Antxon, 2024/01/08).

4.2 Caserío y toxicidad

Anteriormente hemos hablado de la importancia de la institución del *baserri* en la organización social del mundo rural vasco y en la identidad de sus componentes. Además de ser la casa en la que una misma familia vive generación tras generación, existen otros procesos a los que se da especial relevancia. Para empezar, el sentimiento de pertenecer al *baserri* se inicia y se rige en gran medida por aspectos que tienen que ver con el nacimiento y la niñez; se entiende el caserío como lugar que reúne y reconoce en sí a las personas que han nacido allí. Así, estos procesos de identificación vienen a ser explicados por memorias de la infancia y la adolescencia como vivencias cruciales que les atan de por vida al caserío y el entorno que incluye.

Yo soy del lugar donde nací, soy la casa de allí. El caserío es la casa donde se nace. No sabes lo que es perder la casa en la que has nacido. Yo,

⁵ Las metáforas actúan como claves interpretativas que revelan las creencias, los supuestos y los conocimientos comunes de una sociedad. Al destacar lo que se asume como evidente dentro de un grupo, permiten comprender las estructuras subyacentes que sustentan su pensamiento colectivo (Lizcano, 1999).

cuando me quitaron mi casa, no sé, me sentí perdido. Sientes que una parte tuya ya no está. El sitio donde naciste, las cosas que hacías cuando eras pequeño, cuando andabas con las ovejas en el prado, cuando ibas a pescar al río... ya no está. Perder la casa donde uno nace es perder un poquito de cada uno. Pero siempre te queda algo: tú siempre serás de esa casa. Yo soy esa casa. Ese es mi lugar. Sé que esto es ahora el agujero del culo. Pero yo soy de aquí (Simon, 2024/01/05).

Estos testimonios nos dan muchas pistas sobre cómo se construye el vínculo y la identidad en torno a la figura del caserío. También se aclaran muchas ideas de cómo se conciben las fronteras de lo que se entiende como *baserri*, que supera los límites de la vivienda, incluyendo todo lo que le rodea y se considera parte de esta. Asimismo, el caserío representa el eje que liga la persona al territorio. Es imposible comprender la pertenencia al entorno, a la tierra, sin pasar por el *baserri*. El caserío es la institución que da un lugar concreto a este sentimiento. «El caserío es tierra. La tierra se siente de otra manera. La calle es un sitio más impersonal» (Simon, 2024/01/05).

A su vez, haber nacido y/o residir en el caserío también influye en la forma en la que se construyen las diferentes perspectivas sobre los tóxicos. Contrarrestando de alguna manera lo expuesto hasta ahora, Oier, que vive en Eguzkitza pero no nació allí, defiende que muchos *baserritarak*⁶ que no paran de alabar y enorgullecerse de su entorno y el estilo de vida rural son después los primeros en ponerlo en riesgo (en este caso, contaminándolo) a cambio de dinero.

4.2.1 Análisis y comparación de los mapeos de los caseríos

La técnica del mapeo también se ha realizado a «nivel caserío» para estudiar cómo representan y narran los vecinos de Eitzaga la experiencia tóxica en sus hogares. Esta vez han sido ellos mismos los que han dibujado el mapa de principio a fin. El entusiasmo y el sentimiento de orgullo manifestado al dibujar, al mostrar la casa de la cual cada uno proviene, a diferencia de la desgana o el pudor de pintar el propio cuerpo, se aprecian

⁶ Persona que nace o vive en el *baserri*, en el caserío.

claramente en los resultados: los caseríos son representados con muchísimo mayor detalle, invirtiendo más tiempo, recuerdos y explicaciones. Es algo que se quiere enseñar y narrar, de lo que uno se muestra orgulloso.

Simon expone que su casa no tiene tóxicos, que solo llegarían muy de vez en cuando (Figura 6). Como ya hizo en el mapeo del territorio, fundamenta esta posición sobre la base de la localización del caserío y los fenómenos atmosféricos. Por lo tanto, a no ser que note algún olor extraño, la presencia de tóxicos en su hogar no le preocupa normalmente.

Figura 6. Mapeo de Peritzena realizado por Simon



En el caso de Ormazabal (la basura casi se precipita sobre el caserío en el desastre), Julen y Antxon (Figura 7) sí creen que los tóxicos llegan a su casa. Estos entrarían desde fuera hacia dentro, sobre todo por las ventanas. Como el río también forma parte de lo que se representa como caserío, los tóxicos que trae el agua también se señalan, pues su fuente baja directamente desde donde se encuentra el vertedero. Pero, al igual que Simon, padre e hijo argumentan que, al vivir en un «agujero» debajo de la montaña, también dentro del valle, los tóxicos no afectan su casa tanto como otros caseríos de Eitzaga. Sin embargo, según Simon, Ormazabal sería uno de los más contaminados.

Para Oier (Figura 8), como claramente se ve en el mapa, Eguzkitza está también invadida por los tóxicos que emana el vertedero. Los tóxicos, que vienen de fuera, penetran en la casa por todas partes, «como el polvo en los caseríos viejos, por todo, se pegan a la casa y se convierten en parte de ella» (Oier, 2024/01/30). Esta metáfora de la toxicidad da cuenta de su naturaleza incontrolable e imborrable. Aun así, piensa que otras casas en el barrio están más contaminadas porque se encuentran más cerca, a tocar

Figura 7. Mapeo de Ormazabal realizado por Julen y Antxon



Figura 8. Mapeo de Eguzkitza realizado por Oier



del vertedero. Observamos aquí el argumento del «sí, pero...»: el hogar propio se reconoce como altamente tóxico, pero existen otros muchos lugares o formas de vida que también lo son.

4.2.2 La vivienda peligrosa y el abandono del hogar

Todos coinciden en que no hay nada que se pueda hacer para proteger el *baserri* de la contaminación (Figuras 9 y 10). Según los vecinos, la única protección real para resguardarse ante la amenaza tóxica, que va despacio y es casi imposible de identificar, sería irse a vivir a otro sitio. Pero

esto no resulta para nada sencillo. Si bien piensan que vivir en Eitzaga no es saludable, saben que dejar la casa propia supondría un gran conflicto. Como continuación de la definición del caserío que hemos construido, se entiende que marcharse del caserío donde se ha vivido siempre implica una ruptura con un estilo de vida, con el lugar de pertenencia, con una parte de lo que se considera propio de la persona; una separación de donde se ha estado siempre, de donde uno es. Procesos similares a este son a menudo descritos en investigaciones que abordan temáticas en relación con los refugiados o víctimas climáticas desplazadas forzadamente (Cortés Vázquez et al., 2020; Borzacchiello et al., 2022).

Figura 9. ¿Dónde se encuentran los tóxicos?



● Simon ● Julen & Antxon ● Oier

Figura 10. ¿Por dónde entran los tóxicos?



● Simon ● Julen & Antxon ● Oier

Más aún, para Simon, la enfermedad derivada de la presencia del vertedero también se explica por razones que van más allá del factor biotóxico, como es el abandono del caserío y el entorno, junto con la sensación de dejadez y abandono que sufren los vecinos de Eitzaga. Es el caso de Ormazabal: cuando, por riesgo a un nuevo derrumbe, obligaron a sus habitantes a marcharse del *baserri* y encontrar otra vivienda fuera del mismo, la tía de Julen no pudo aguantar vivir en la calle, en el pueblo, lejos de Ormazabal. Tanto es así que, a pesar de la prohibición y de la vigilancia policial, la mujer, que rozaba los noventa, decidió volver antes de que levantaran la restricción o se confirmara que vivir allí era seguro. Si el caserío caía, ella caería con él.

Cogió todas las cosas y se volvió aquí. Ella no podía. «¡Cuidado!», le decíamos, para que nadie la viera. Por la noche solía estar con las luces apagadas, tipo incógnito. Mi tía no sabía vivir en la calle. Siempre estubo aquí, aquí y punto. (Julen, 2024/01/08).

Los habitantes de Ormazabal también relatan el estrés por las amenazas que apuntaban a la peligrosidad de su hogar:

Es la inseguridad, no sabes nada... no es solamente en materia de salud por los tóxicos, el vertedero puede caerte encima también físicamente. Y ahí la cosa cambia. Antes del derrumbe estábamos más tranquilos. No sabíamos lo que podría pasar, entonces estábamos tranquilos (Julen, 2024/01/08).

Muchas familias no quieren ser conocedoras del peligro porque no quieren o no se pueden marchar del lugar donde viven. En el día a día, se trata de justificar que el lugar de residencia no es tan tóxico para convivir con el peligro, que se cuele por todos lados y resulta incontrolable. Como hemos revisado, muchos otros factores entran aquí en juego, complicando abandonar un lugar y buscando otras vías para ser consecuente.

4.3 Cuerpo y toxicidad

Son alrededor de treinta los cuerpos que hoy en día habitan el barrio de Eitzaga. La mayoría de estos cuerpos se identifican como cuerpos viejos, cuerpos más débiles que, por su edad y condición física, serían más proclives a enfermar. Además, son cada vez menos los cuerpos que forman parte de la comunidad, menos los cuerpos que viven en cada casa (la idea de la familia

extensa ha desaparecido). Los vecinos hablan de cómo, en los últimos años, el número de personas que han muerto en el barrio a causa de diversas enfermedades ha sido especialmente significativo, destacando la cantidad de viudos y viudas que viven solos en la actualidad.

Los cuerpos de Eitzaga son cuerpos identificables por todos sus vecinos. Se sabe quiénes son y quiénes eran, cómo se relacionan en lo que se refiere a parentesco y otras relaciones sociales, dónde viven y, por lo tanto, cuáles son sus terrenos. Estos se organizan y reconocen, además de por el nombre propio, por el nombre del caserío en el que viven o del que provienen. Este reconocimiento implica ciertas relaciones de poder intrabarriales; se conocen los unos a los otros y no todos los cuerpos son iguales. Los vecinos destacan, también, las relaciones de poder extrabarriales: se sienten como cuerpos discriminados por pertenecer al mundo rural y los estereotipos que esto implica, y como cuerpos desplazados por estar situados en la periferia, fuera de los núcleos de población.

4.3.1 Análisis y comparación de los mapeos corporales

Si bien dicen no poder tener informaciones que lo confirmen, los habitantes de Eitzaga establecen conexiones entre los tóxicos del vertedero y las enfermedades que han encarnado. Se refieren, sobre todo, a los casos de cáncer: alegan que, desde el derrumbe del vertedero, hace ya cinco años, en Eitzaga la gente no ha parado de enfermar y morir, relacionándolo con una mayor exposición tóxica. No encuentran otra explicación para que en un barrio tan pequeño aparezcan tantos casos de este tipo de enfermedades.

Alfredo ha muerto este año, ¡cáncer! Debe tener algo que ver... la madre de Julen también murió de cáncer (Oier, 2024/01/30).

Después del desastre la gente del barrio ha ido muriendo. «Tan, tan, tan», uno detrás del otro (Simon, 2024/01/05).

Estas consideraciones forman parte de la aprehensión lenta que los habitantes desarrollan sobre sus cuerpos y los de sus vecinos, esta vez en su forma más corporal. Si bien es cierto que no han notado muchas transformaciones que los hayan alertado sobre la presencia de los tóxicos en sus cuerpos (solamente mencionan que alguna vez notaron picor en

la garganta), algunos *eitzatarrak* expresan de nuevo una mayor preocupación por aquellos tóxicos que no pueden identificar mediante sus propios cuerpos, aquellos tóxicos no sensibles. «La toxicidad es algo que no se ve, que no se huele. Lo que se huele está ahí, pero a mí lo que más miedo me da es aquello que no veo, que no huelo» (Oier, 2024/01/30).

Con todo, estos pocos indicios corporales se comparten socialmente: se identifican como algo preocupante y fuera de lo normal, y, por eso, hablan de ello con los demás vecinos. Este ejercicio social, sin duda, tiene también su efecto en cómo cada cual construye su propia y lenta aprehensión corporal. Observamos un proceso, tanto individual como grupal, mediante el cual se identifican y se socializan los cambios que la toxicidad produce en los cuerpos. El cuerpo colectivo desempeña aquí un papel esencial.

En el mapeo corporal de Simon (Figura 11), donde él mismo representa su propio cuerpo, podemos ver que los tóxicos entran en el cuerpo por la nariz y la boca (mediante el ejercicio de respirar y comer), para pasar a la sangre y amontonarse en los órganos, principalmente los pulmones, la garganta y el aparato digestivo. Sin embargo, opina que en su cuerpo no hay demasiados tóxicos, pues su casa está más lejos del vertedero y solo pasa allí los fines de semana. Según Simon, los tóxicos afectan de manera diferente a unos y otros cuerpos, atacando sobre todo los «puntos débiles» de organismo.

Figura 11. Mapeo corporal realizado por Simon



Aun así, el cuerpo puede acostumbrarse progresivamente a los tóxicos dentro de sí, se puede ir habituando a ellos poco a poco, sin esto significar que su impacto sea menos letal. El cuerpo tendría la capacidad de expulsar una parte de dichos tóxicos, pero sacar todos es prácticamente imposible. Una «arenilla» permanecerá allí siempre, acumulándose en los órganos lentamente y pasando de generación en generación. Aunque el cuerpo se pueda adaptar a los tóxicos, siempre habrá forma de que impacten sobre su salud. En este contexto, la «arenilla» que describe Simon vendría a representar el residuo que, mediante un proceso acumulativo y casi imperceptible, va erosionando, obstruyendo, marcando el cuerpo. Nos encontramos, de nuevo, con una metáfora que alude a la violencia lenta, a la contaminación que se vuelve evidente únicamente cuando desencadena enfermedades somáticas concretas. Al mismo tiempo, al igual que proponen Zafra et al. (2016), el cuerpo se presenta aquí de dos maneras: por un lado, como un recipiente pasivo donde se acumulan tóxicos con el tiempo; por el otro, como un agente activo, con capacidad de adaptarse, contrarrestar o bloquear amenazas y, en ocasiones, desarrollar inmunidad.

Para Julen y Antxon (Figura 12), los tóxicos entrarían desde fuera, irrumpiendo en su cuerpo sobre todo desde la boca al respirar, para pasar luego a la sangre y los pulmones. Igual que Simon, piensan que la presencia de tóxicos en el cuerpo es constante, permanente. Algunos pueden ser expulsados, pero la consecuencia permanece ahí para siempre, afectando la salud, dejando huella. En la narrativa de Julen y Antxon también aparece la idea del ciclo continuo: a medida que unos tóxicos salen del cuerpo, otros van entrando, sin que su impacto cese.

Por último, según Oier (Figura 13), los tóxicos penetran en su cuerpo por todas partes (piel, nariz, ojos, boca, pelo, frente...), afectando principalmente a la sangre y los órganos, donde se amontonan. Algunos de ellos permanecen allí acumulados; otros, en cambio, pueden expulsarse o salir a la superficie, pero en este caso en forma de enfermedad (manchas en la piel, por ejemplo). Estos tóxicos se pueden transmitir genéticamente, afectando también la salud de sus sucesores.

Como muestra la figura 14, los mapeos corporales dibujados por los participantes presentan ciertas similitudes y diferencias. En los tres casos, vemos

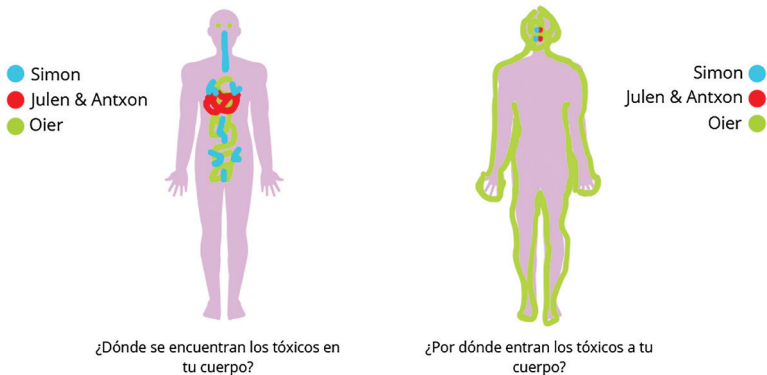
Figura 12. Mapeo corporal realizado por Julen y Antxon



Figura 13. Mapeo corporal realizado por Oier



Figura 14. Comparación de los mapeos corporales



cómo se establece una frontera clara entre lo que se considera «dentro» y «fuera» del cuerpo, aparecen una vez más unos límites que separan lo propio de lo ajeno y definen el cuerpo individual. Con esta idea como base, los tóxicos serían siempre naturalmente no pertenecientes al cuerpo, sustancias «venenosas» externas que, como indica Mascaró (2013), entran en el cuerpo por una acción o exposición y lo van destruyendo. Esta metáfora se representa como algo que va desde fuera hacia dentro y no siempre es visible. Si bien coinciden en esta idea, los *eitzatarrak*, como revelan las ilustraciones, tienen diferentes nociones sobre en qué partes del cuerpo se acumulan dichos tóxicos y por qué orificios o porosidades entran en el mismo. Destaca aquí la respuesta de Oier, quien, a diferencia de los demás participantes, está seguro de que no hay lugar de su cuerpo por el que los tóxicos no puedan entrar. Antxon y Julen también opinan que hay ciertos tóxicos que penetrarían en el cuerpo por la piel, pero no creen que el vertedero los exponga a este tipo de contaminación. Simon, por su parte, está convencido de que en Eitzaga también existe la radiactividad (también irrumpiría en el cuerpo por la piel).

Otro punto en el que todos coinciden es en subrayar la lentitud y el desapercibimiento de la experiencia tóxica corporal. Además de manifestar que es imposible que los tóxicos puedan desaparecer completamente de sus cuerpos, haciendo que la vivencia tóxica se prolongue durante toda una vida (o incluso varias), hablan de este proceso como algo pausado, la acumulación como fenómeno que ocurre durante años, sin hacer mucho ruido, pero que tiene consecuencias graves. La violencia lenta aparece de nuevo en el testimonio de los vecinos de Eitzaga, esta vez en su forma más encarnada.

En la misma línea, todos hablan de la imposibilidad de proteger sus cuerpos de los tóxicos, alegando que no hay nada que hacer, que el problema se les queda demasiado grande. Esta noción de inevitabilidad condiciona, sin duda, las atenciones y acciones de cuidado de las personas. Oier es el único que expresamente menciona algunas medidas que tomó después del desastre para proteger su cuerpo de los tóxicos (no beber de algunas fuentes consideradas contaminadas, llevar mascarilla, taparse la boca y la nariz con la mano...). Pero, si echamos la vista atrás y nos situamos temporalmente antes del desastre, todos los entrevistados mencionan alguna acción que tomaron para conservar su salud corporal contra

los tóxicos del vertedero. Es el caso de Julen y Antxon, que cambiaron el origen de la fuente que proveía su caserío de agua cuando construyeron el vertedero, por miedo a que la original estuviera contaminada. Aquí, como apuntan Zafra et al. (2016), el cuerpo deja de ser un simple objeto contaminado para pasar a ser un ente activo en la interpretación y la gestión del riesgo tóxico.

4.3.2 *Cuerpos sacrificados: descontrol y desinformación sobre el propio cuerpo*

Un tiempo después del desastre y las alarmas que esto hizo saltar, no solamente entre los vecinos de Eitzaga, sino también en algunos ciudadanos de las localidades de alrededor, los *eitzatarrak* pidieron a las instituciones la realización de análisis médicos para saber qué tóxicos había en sus cuerpos y el efecto que podían tener en su salud. Dicha solicitud de análisis fue denegada. «Lo único que pedíamos era que nos realizaran análisis a las personas de Eitzaga para saber lo que estaba pasando. Alguien que vino desde el Gobierno Vasco dijo que no se podía hacer un estudio para 36 personas» (Simon, 2024/01/05).

En lugar de lo que pedía la comunidad, hubo una iniciativa para recoger muestras de las aguas del riachuelo cercano, de verduras de los huertos y de huevos de diferentes caseríos del barrio. Como cuentan los vecinos, los resultados dieron a conocer que solamente un puerro de una de las huertas tenía signos de contaminación, pues se decía que tenía demasiado plomo por consecuencia de alguna quema de hierbas que habrían realizado los *baserritarrak* (responsabilizándolos de la presencia de este tóxico). Por lo demás, todo estaba bien, dentro de los estándares legales. «Eso fue cagarse en nuestra cara. Humillación. ¿Por qué? La mierda se os ha roto en las manos a vosotros, los culpables sois vosotros, pues no os metáis con los miserables, con los pobres, con los que menos tienen. Eso es venganza» (Simon, 2024/01/05).

La negación de los análisis que la comunidad demandaba para ser conocedora de su estado de salud nos hace pensar que, además de un territorio, nos encontramos ante unos cuerpos también sacrificados, considerados no merecedores de información. Entendiendo Eitzaga como zona de sacrificio, sus vecinos sienten que sus cuerpos y salud han sido despriorizados,

perjudicados en nombre del bien común. Observamos aquí una injusticia epistémica (Fricker, 2007) bidireccional: existe un *statu quo* por el que las informaciones no llegan a los ciudadanos, el conocimiento es negado de forma estructural y deliberada por no considerar a estas poblaciones importantes o merecedoras de información.

Lo único que pedíamos era que nos realizaran análisis a las personas de Eitzaga para saber lo que estaba pasando. Alguien que vino desde el Gobierno Vasco dijo que no se podía hacer un estudio de una pandemia para 36 personas (Antxon, 2024/01/08).

A su vez, su conocimiento encarnado no es tenido en cuenta a la hora de diseñar las acciones para gestionar la toxicidad. Esto ha dejado a los vecinos ante la imposibilidad de entender lo que les ha sucedido como barrio en un marco conceptual claro. Esto es lo que Fricker (2007) denominaría injusticia epistémica hermenéutica: cuando la experiencia de una persona no es comprendida por ella misma porque no hay ningún concepto disponible para identificarla adecuadamente, solo queda lugar para la incertidumbre.

Pese a esto, los vecinos de Eitzaga confían en el conocimiento científico, pero no tienen los datos necesarios para interpretarlo. Cuando hablan de la relación que puede haber entre los tóxicos que identifican en su cuerpo y las enfermedades que han desarrollado, dicen que ellos solo pueden hacer suposiciones porque, al fin y al cabo, no son médicos o científicos, y, por lo tanto, no pueden ser sabedores de la verdad. La sociedad de riesgo de Beck (1992) se torna aún más ilegible si resulta difícil reconocerse más allá del lenguaje médico. Es más, los vecinos apuntan que ni siquiera los médicos pueden saber si las enfermedades están causadas por los tóxicos, pues no tienen ninguna información clínica de su existencia. Esto supone, sin duda, una inacción violenta (Davies et al., 2017) también sobre los cuerpos, traducándose en la sensación de total vulnerabilidad, estrés y ansiedad, y favoreciendo una situación de ignorancia corporal en cuya perpetuación todos los actores se ven más cómodos.

Y dices: «me haré los análisis por mi cuenta». Pero ¿de qué te los vas a hacer? No sabes ni de qué producto. Solo los responsables saben qué

productos hay allí y qué tienen que encontrar en los análisis. Los médicos no saben qué hay ahí arriba y qué hay en nuestros cuerpos (Antxon, 2024/01/08).

4.4 Triangulación

Hasta el momento nos hemos centrado en cómo se significan, experimentan y gestionan los tóxicos en cada espacio estudiado (territorio, caserío, cuerpo). Sin embargo, debemos entender estas tres esferas en constante relación y diálogo, construyendo los procesos de creación de sentido sobre los tóxicos simultánea y recíprocamente. En las narrativas de los vecinos de Eitzaga, algunas de las concepciones y acciones relacionadas con uno de los espacios se aplican también a los otros dos, ofreciendo un panorama más completo que dota de coherencia el discurso de los vecinos. Nos encontramos ante una triangulación del territorio, el caserío y el cuerpo:

- a) El territorio, la casa y el cuerpo se consideran espacios originalmente limpios, puros, que se contaminan y se ensucian cuando los tóxicos penetran en ellos. Estos tóxicos vienen desde fuera hacia dentro, siempre en esta dirección; desde espacios ajenos, desconocidos y sobre los cuales no se ejerce control hasta los lugares considerados propios, de los que son responsables. Es la irrupción de aquello oculto en el sitio seguro y controlado, tanto a nivel del territorio como a nivel de la casa y el cuerpo. Los tóxicos son representados mediante la idea del veneno: agentes externos que entran en los espacios propios y los van destruyendo, teniendo esto un impacto negativo en su salud.
- b) Cuando los tóxicos entran en estos espacios, se pegan a su organismo y pasan a ser parte de ellos. Una vez los tóxicos están dentro tanto del cuerpo como del caserío y la tierra, parte de estos permanecerá allí para siempre, sin posibilidad de eliminar todos los restos y afectando la salud de las personas y sus sucesores. El cuerpo, la casa y el territorio, tal y como apuntan Larrea-Killinger et al., (2017), se conciben como envases delimitados, pero con ciertos orificios por los que entran los tóxicos; contenedores físicos en que los tóxicos se almacenan y acumulan, y a veces se desintegran. Podemos ver similitudes en las

concepciones entre cuerpo y territorio como depósitos: los tóxicos se aposentan en la tierra y el cuerpo para luego salir a la superficie en forma de incendios o manchas en la piel, respectivamente.

- c) Resulta casi imposible proteger estos espacios contra los tóxicos. Los vecinos de Eitzaga se sienten desbordados ante esta situación, sin capacidad de acción para prevenirse, lo cual los lleva a menudo a la inacción. Sienten que no hay nada efectivo que puedan hacer para evitar que los tóxicos entren en sus cuerpos, casas y territorios. «Es como un tsunami. Llega y no se puede hacer nada» (Simon, 2024/01/05)
- d) Cuando la toxicidad llega trae consigo el descontrol y el desconocimiento. Los vecinos de Eitzaga sienten que no tienen ningún control sobre lo que sucede en su territorio, casa y cuerpo en lo que se refiere a los tóxicos. No conocen cuáles son ni los efectos que tienen sobre los tres espacios estudiados, y su capacidad de gestión sobre los mismos se ve limitada ante este desconocimiento. Nos encontramos ante una acción violenta en todos los niveles, un abandono organizado.
- e) Como se ha apuntado, han experimentado la violencia lenta pero permanente en los tres espacios. Si bien muchas veces la toxicidad ha resultado imperceptible para los vecinos, han ido advirtiendo pequeñas transformaciones (aprehensión lenta) en el cuerpo, el caserío y el territorio. En los tres niveles, estas apreciaciones se comparten socialmente entre los vecinos, generando un conocimiento colectivo.
- f) Destaca la idea del caserío y el territorio propio como algo que no se puede abandonar, del mismo modo que no se puede dejar el propio cuerpo. Estos espacios también forman parte de lo que se constituye y entiende por persona, y abandonarlos supondría la pérdida de una pieza fundamental del ser. Esta noción vendría a explicar por qué, pese a considerarlos tóxicos, resulta difícil apartarse de estos espacios, igual que uno no puede apartarse de su cuerpo por más que lo interprete como tal.
- g) Asociado al punto anterior, también se destaca la idea de la enfermedad corporal asociada o derivada del hecho de tener que dejar el territorio y la casa propia. El abandono del medio rural y del lugar al que uno pertenece se relaciona con la proliferación de enfermedades. El bienestar del cuerpo es, por lo tanto, dependiente del territorio, el caserío

y el estilo de vida que esto supone. Si estos espacios se contaminan, si «enferman», ello impacta directamente en la salud de los cuerpos.

5. Conclusión

Este trabajo se ha construido como primera aproximación a la realidad compleja y conflictiva en la que los habitantes de Eitzaga desarrollan su cotidianidad, dentro y fuera de unas redes de relaciones sociales, políticas y económicas que determinan significativamente sus procesos de salud y enfermedad. El estudio sobre el impacto del vertedero nos ha llevado a situarnos en un contexto sociocultural e histórico determinante por el que vienen a explicarse muchas de las concepciones, los discursos y las acciones que los vecinos de Eitzaga adoptan sobre la toxicidad y la peligrosidad en una red de relaciones tan pequeña como es un barrio de treinta personas, y que, a la vez, abarca un sinfín de dinámicas externas en un territorio cada vez más corrompido. Como plantean Douglas y Wildasky (1982), el riesgo en Eitzaga se interpreta y politiza (o no) en función de las relaciones de poder y modos de vida, de todas las orillas, estrategias y adaptaciones que atraviesan el pasado, presente y futuro del barrio en «un sistema (totalizado, interactivo, procesual) de efectos patológicos» (Rego et al., 2002: 1590) que lo ha condenado a la incertidumbre, el abandono y la desinformación.

Así, uno de los objetivos principales del estudio ha sido, tal y como se aboga desde la antropología, poner el foco sobre una comunidad que se ha sentido ignorada y desprestigiada y, para ello, tratar de ir más allá de los eventos sobresalientes e intentar entenderla en su contexto histórico y relacional más completo. En esto, también me gustaría resaltar la importancia de desarrollar el quehacer antropológico «en casa», subrayando la necesidad de tratar y problematizar desde la disciplina realidades que nos quedan más cercanas y en las que a menudo no nos detenemos a reflexionar. Más aún si se trata de aquellas «tripas infraestructurales» (Davies, 2018: 1543) que operan en silencio.

Este artículo recoge las interpretaciones que los vecinos de Eitzaga han generado sobre el territorio, el caserío y el cuerpo como espacios tóxicos. Cada vecino construye su discurso y sus justificaciones de acuerdo

con aquello que quiere proteger o le interesa preservar, haciendo que los mapeos analizados luzcan en ocasiones muy diferentes. Esta técnica ha sido muy útil a la hora de representar la heterogeneidad de interpretaciones, discursos y prácticas presentes en Eitzaga. También se ha podido observar cómo muchas de las metáforas y explicaciones empleadas para explicar las experiencias en uno de los niveles analizados se pueden extrapolar al resto de espacios. La forma específica de plantear estas tres escalas en las comunidades rurales vascas nos demuestra que, también a la hora de representar la toxicidad y la contaminación, territorio, casa y cuerpo son ámbitos interconectados e interdependientes, que vienen a ser explicados, a menudo, sobre la base de relatos, símbolos e imágenes muy parecidos.

En los discursos de los *eitzatarrak* aparecen elementos que pueden entenderse como parte de una trama de significaciones comunes que se articulan en relación con las experiencias vividas. En el artículo se han ido mostrando varias metáforas mediante las cuales los vecinos han representado la violencia lenta de su experiencia cotidiana. También nos hemos centrado en hablar acerca de la dicotomía entre la sequedad/humedad de la tierra para dar cuenta de estos procesos tóxicos pausados. Como se ha apuntado, la idea de la metáfora del veneno de Mascaró (2013) viene a ser claramente aplicable a Eitzaga. Aquí, la toxicidad es pensada como un ente externo, un elemento ajeno que irrumpe en lo propio, que se concibe como recipiente delimitado. En el caso de Eitzaga, no solo nos referimos al cuerpo tóxico como envase (Larrea-Killinger et al., 2017), sino que la idea de contenedor poroso se extrapola también al territorio y al caserío que se considera de uno. Estos espacios se entienden como lugares sobre los que no se tiene ningún tipo de control en lo que a toxicidad se refiere, donde el abandono organizado es manifestado, grabado, impregnado. Sin embargo, cuerpo, caserío y territorio también son agentes activos (Zafra et al., 2016) como herramientas para acceder y representar el conocimiento, a la vez que como evidencias de la catástrofe (Navaro et al., 2021).

Estas explicaciones y representaciones se basan, además de en el conocimiento biomédico, en toda una serie de factores sociales y culturales. Una vez más, tal y como también concluyen Zafra et al. (2016), las personas

construyen las ideas e imágenes sobre el riesgo a partir de su organización social, entorno, historia, jerarquías y experiencias cotidianas. Pero, para los vecinos, poco se puede hacer en Eitzaga, más allá de especular. Si, como apunta Žižek (2010), todas las interpretaciones y creencias inconscientes intervienen a la hora de determinar cómo entendemos la realidad, la forma actual de desarrollar las perspectivas hacia nuestro entorno y salud ambiental se caracteriza por la falta de seguridad y la incertidumbre. «Uno no puede estar seguro de si ya es demasiado tarde. En esta situación, los relatos sobre anticipación, precaución y control del riesgo se vuelven inservibles, ya que tenemos que enfrentarnos a lo desconocido» (Žižek, 2010: 50).

Agradecimientos

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todas las personas que hicieron posible esta investigación. En especial, a la comunidad de Eitzaga, cuya generosidad, disposición y confianza han sido la base para el desarrollo de este estudio. Asimismo, deseo agradecer profundamente a Laia Ventura por su guía, apoyo y paciencia a lo largo de este proceso. Sus consejos y conocimientos fueron clave para la realización de este trabajo, y su acompañamiento ha sido indispensable en mi formación académica.

Referencias bibliográficas

- BECK, U. (1992) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- BEDOYA, E. y MARTÍNEZ, S. (2000) “De la economía política a la ecología política: balance global del ecomarxismo y la crítica al desarrollo”. En A. VIOLA (Ed.), *Antropología del desarrollo. Teorías y estudios etnográficos en América Latina* (pp. 129–167). Paidós.
- BERGARA, J. (2023) *Adaxka lehorrak: Talka ekosozialaren biharamun politikoak*. Tafalla: Txalaparta.
- BERLANT, L. (2011) *Cruel Optimism*. Durham, N.C.: Duke University Press.
- BORZACCHIELLO, E. GLOCKNER FAGETTI, V. y TORRES, R. M. (2022) “Los «cuerpos-territorios» del desplazamiento forzado en México: un análisis

- feminista de las geografías contemporáneas del terror” *Andamios*, 19(50), 21-45. <https://doi.org/10.29092/uacm.v19i50.949>
- CARO BAROJA, J. (1984) [1971] *Los vascos*. Madrid: Ediciones ISTMO.
- CORTÉS VÁZQUEZ, J. A., DOS SANTOS MARTINS, H. M., y MENDES, P. (2020) “Antropología y cambio climático: recorridos, temáticas y propuestas” *Disparidades. Revista De Antropología*, 75(2), e015. <https://doi.org/10.3989/dra.2020.015>
- DAVIES, T. (2018) “Toxic Space and Time: Slow Violence, Necropolitics, and Petrochemical Pollution” *Annals of the American Association of Geographers*, 108(6), 1537-1553. <https://doi.org/10.1080/24694452.2018.1470924>
- DAVIES, T., ISAKJEE, A. y DHESI, S. (2017) “Violent Inaction: The Necropolitical Experience of Refugees in Europe” *Antipode*, 49(5), 1263–1284. <https://doi.org/10.1111/anti.12325>
- DOUGLAS, M. (1987) “Les études de perception du risque: un état de l’art”. En J.L. FABIANI y J. THEYS (Eds.), *La Société vulnérable. Évaluer et maîtriser les risques* (pp. 55–60). École Normale Supérieure.
- DOUGLAS, M. y WILDAVSKY, A. (1982) *Risk and Culture. An Essay on the Selection of Technological and Environmental Dangers*. Los Ángeles: University of California Press.
- DOUGLASS, W. A. (1977) *Echalar y Murélagas: oportunidad y éxodo rural en dos aldeas vascas*. San Sebastián: Auñamendi Argitaletza.
- DOUGLASS, W. A. (1988) “The Basque stem family household: myth or reality?” *Journal of Family History*, 13(1), 75–89. <https://doi.org/10.1177/036319908801300105>
- FORD, A. (2019) “Introduction: Embodied Ecologies” *Fieldsights, Cultural Anthropology*. <https://culanth.org/fieldsights/introduction-embodied-ecologies>
- FRICKER, M. (2007) *Epistemic Injustice. Power and the Ethics of Knowing*. Oxford: Oxford University Press.
- GREENWOOD, D. J. (1996) “Adiós al caserío” *BiTARTE Revista cuatrimestral de Humanidades*, 8(4), 5-21.
- LARREA-KILLINGER, C., MUÑOZ, A. y MASCARÓ, J. (2017) “Cuerpos tóxicos: la percepción del riesgo de contaminación interna por compuestos químicos en España” *Salud Colectiva*, 13(2), 225-237.

- LIBOIRON, M., TIRONI, M. y CALVILLO, N. (2018) "Toxic politics: Acting in a permanently polluted world" *The Sociological Review Monographs*, 65: 89–109.
- LIMA, M. R. P. (2023) "Anthropology of waste: a research agenda for the study of cities in the era of climate change" *Dossier Utopias of Recycling and Circularity. Vibrant, Virtual Brazilian Anthropology*, 20.
- LIZCANO, E. (1999) "La metáfora como analizador social" *Empiria: Revista de metodología de ciencias sociales*, 2, 29-60.
- LORA-WAINWRIGHT, A. (2017) *Resigned activism: Living with pollution in rural China*. Londres: MIT Press.
- LOU, L. I. T. (2022) "The art of unnoticing: Risk perception and contrived ignorance in China" *American Ethnologist*, 49(4), 580-594.
- MASCARÓ, J. (2013) "Una proposta d'anàlisi de l'imaginari cultural del cos i la corporalitat tòxica" *Quaderns-e.*, 18(2):145-155.
- MBEMBE, A. (2003) "Necropolitics" *Public Culture*, 15 (1), 11–40.
- MONTESINOS, L. (2013) *Iraliku 'k: la confrontación de los comunales. Etnografía e historia de las relaciones de propiedad en Goizueta* (Tesis doctoral). Universidad de Barcelona.
- MONTESINOS, L. (2018) Apoyo mutuo, economías solitarias y economías sostenibles. En S. NAROTZKY (Ed.), *Economías cotidianas, economías sociales, economías sostenibles* (pp. 105–147). Icaria.
- MUÑOZ, A., LARREA-KILLINGER, C., ZAFRA, E. y BEGUERIA, A. (2014) Las responsabilidades sobre las sustancias químicas y los compuestos tóxicos persistentes: una perspectiva antropológica sobre los riesgos. En *Actas del XIII Congreso de Antropología de la FAAEE: Periferias, fronteras y diálogos* (Vol. 2, pp. 4386–4406). Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español.
- NAVARO, Y., BINER, Z. Ö., VON BIEBERSTEIN, A. y ALTUĞ, S. (2021) *Reverberations: violence across time and space*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- NEUMANN, P. (2016) "Toxic talk and collective (in) action in a company town: the case of La Oroya, Peru" *Social Problems*, 63(3), 431–46.
- NIXON, R. (2011) *Slow Violence and the environmentalism of the poor*. Londres: Harvard University Press.

- REGO, R. C. F., BARRETTO, M. L. y LARREA-KILLINGER, C. (2002) "O que é lixo afinal? Como pensam mulheres residentes na periferia de um grande centro urbano" *Cadernos de saúde pública*, 18, 1583-1591.
- RENO, J. (2009) "Your trash is someone's treasure: the politics of value at a Michigan landfill" *Journal of Material Culture*, 14(1), 29-46.
- RENO, J. (2015) "Waste and Waste Management" *Annual Review of Anthropology*, 44(1), 557-572. <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-102214-014146>
- SHAPIRO, N. (2015) "Attuning to the chemosphere: Domestic Formaldehyde, Bodily Reasoning, and the Chemical Sublime" *Cultural Anthropology*, 30(3), 368-393.
- TIRONI, M. (2018) "Hypo-interventions: Intimate activism in toxic environments" *Social Studies of Science*, 48, 438-455.
- ZAFRA, E., MUÑOZ, A. y LARREA-KILLINGER, C. (2016) "¿Sabemos lo que comemos?: Percepciones sobre el riesgo alimentario en Cataluña, España" *Salud Colectiva*, 12(4), 505-518. <https://doi.org/10.18294/sc.2016.932>
- ZELAIETA, A. (2020) *Zaldibar. Zona cero*. Tafalla: Txalaparta.
- ŽIŽEK, S. (2010) *Living in the end of times*. Verso Books.